

# **LO ENIGMÁTICO E INEQUÍVOCO DE LA MUERTE: EL SUFRIMIENTO COLECTIVO QUE PADECE LA FAMILIA POPULAR**

Leonor Mora Salas  
[morasalas1@gamil.com](mailto:morasalas1@gamil.com)

Instituto de Psicología-Universidad Central de Venezuela

## **Resumen**

El miedo que experimentamos en la Venezuela contemporánea frente a la muerte es el resultado de la inmediatez que sentimos con ella, una proximidad que rompe el vínculo con el “otro”, fractura la relación, nos vuelve vulnerables. Este padecimiento afecta de manera directa a la familia popular por ser ella quien experimenta, en la figura de sus jóvenes, la amenaza constante y los resultados fatales de la violencia delincencial. Nuestro objetivo es discutir alrededor de estos temas a partir de algunas consideraciones tomadas de la psicología social, la filosofía, la sociología, y la historia, con la finalidad de abrir un dialogo transdisciplinar que nos permita la comprensión y el abordaje psicosocial con el aporte plural que ofrecen las ciencias humanas.

Descriptores: violencia, muerte, familia popular, sufrimiento colectivo

## **ENIGMATIC AND UNAMBIGUOUS DEATH: THE COLLECTIVE SUFFERING AFFLICTING THE IMPOVERISHED FAMILIES**

## **Summary**

The fear we experience of death and violence in present-day Venezuela is the result of the immediacy of our feelings about them. This fractures our relationships with the "Other" thus making us vulnerable. This condition especially affects impoverished families because they have to face the constant threat of criminal violence. Our goal in this paper is discuss this situation from psychological, philosophical, sociological and historical points of view. The purpose is to open a transdisciplinary dialogue for understanding this phenomenon and to offer a plural psychosocial approach that encompasses the human sciences.

Descriptors: violence, death, impoverished families, collective suffering.

El miedo ligado a la muerte, es un miedo que crece e incapacita. Constituye una respuesta humana que nos convoca a todos desde la indefensión y la vulnerabilidad que supone un hecho inevitable ligado a la vida misma, la muerte, la nuestra y la del “otro”. Pero, ¿por qué el miedo a la muerte es un tema del cual es necesario ocuparnos?, ¿qué tiene que ver este miedo a la muerte con el impacto de la violencia delincriminal sobre la familia popular en Venezuela?

En este texto presentamos algunas reflexiones en torno a la muerte como consecuencia de la violencia y sus repercusiones sobre la familia. El propósito que nos anima en estas meditaciones es el de examinar distintas perspectivas en el esfuerzo de comprender los impactos de la violencia sobre la familia popular venezolana, aquella que está siendo afectada en su constitución y dinámica relacional por la violencia delincriminal (Mora, 2008). Es por ello que nos dedicamos aquí a revisar las consideraciones de algunos autores que nos alertan desde la psicología social, la filosofía, la sociología, y la historia, en torno a las consecuencias que se experimentan a raíz de la muerte por hechos violentos. Esto para ser coherentes con las demandas que hoy enfrentan las ciencias humanas, y la psicología como una de sus áreas, de ser consecuentes con la riqueza que ofrece la apertura hacia el trabajo transdisciplinar.

### **ESE “OTRO” QUE DE ALGUNA MANERA SOY YO**

El prójimo me caracteriza como individuo por la responsabilidad que tengo sobre él. La muerte del otro que muere me afecta en mi propia identidad como responsable, identidad no substancial, no simple coherencia de los diversos actos de identificación, sino formada por la responsabilidad inefable. El hecho de que me vea

afectado por la muerte del otro constituye mi relación con su muerte. Constituye en mi relación, mi deferencia hacia alguien que ya no responde, mi culpabilidad: una culpabilidad de superviviente (Levinas, 2008, pp. 23-24).

En la cita anterior, Emmanuel Levinas nos interpela a partir de la responsabilidad inexplicable y misteriosa que tenemos sobre el otro, concretamente sobre su muerte. Desde allí nos habla de la forma en que esa muerte del otro nos constituye, integra y caracteriza nuestro ser, la totalidad que somos como individuos. Nos sitúa, también, con un rol dentro de la relación con el otro que ya no existe, un rol que alude a la culpabilidad que da la situación de sobreviviente, de estar en una condición diferente a la de aquel que ya no responde, porque está conectado con la nada.

Esta relación con el otro que es fundante y me configura, me coloca en el lugar del prójimo y, por esta razón, la muerte del otro me afecta. En este sentido, el carácter de la relación con ese otro que es mi prójimo, la proximidad sostenida con él “me mueve o me conmueve”, genera en mí una suerte de inquietud de tipo profundo por lo desconocido y por la ausencia de conocimiento frente a la falta de existencia que provoca la muerte. Así sucede en cualquier muerte, la responsabilidad del que detenta la vida compromete desde la emocionalidad –en angustia de la muerte, solidaridad o compasión–, pero además, desde la acción.

De este modo, la muerte del otro, el que me es próximo desde los afectos y está vinculado estrechamente a mi vida cotidiana, impacta mi inexistencia en una ausencia que me colma. A partir de su muerte, la privación y la falta definitivas que nos acontecen se transforman en compañía y modifican nuestra vida, en tanto le confieren a la muerte el apremio de un evento insalvable en mí e irreparable en el otro.

Reflexiones alrededor de la muerte del prójimo, es decir, la de nuestros pares, niños, jóvenes, ancianos, aquella que se muestra desde la ocurrencia alarmante que nos revelan las cifras, y a través de las pérdidas que nos confiesan sus familiares, son las que nos mueven hoy a interrogarnos desde lo ético y a buscar ocuparnos del sufrimiento que comienza a sentirse de manera colectiva. Un sufrimiento que deviene, en palabras de Ricoeur (2007), de “la violencia ejercida por el hombre sobre el hombre” (p. 26).

La violencia, puede ser entendida como una forma de relación que daña precisamente la correspondencia dialógica y la reconvierte en una suerte de retuque, esto es: “el mal cometido por uno halla su réplica en el mal padecido por otro” (Ricoeur, 2007, p. 26). Esta relación dialéctica que se genera a partir de la violencia creciente que vivimos nos convierte en sujetos del sufrimiento padecido, infligido u observado, pero, siempre, temido.

Tal sufrimiento tiene como causa principal la violencia que ejerce el hombre sobre el hombre, el mal, y por consecuencia, el daño directo o indirecto que uno inflige sobre el otro y el mal que padece ese otro (Ricoeur, 2007). Visto así, el mal lleva por finalidad producir sufrimiento en alguien; y, aunque se ubique en el lugar de lo inexplicable e ininteligible es un hecho negativo que nos desafía en nuestra comprensión, produce en nosotros un miedo que tiene por objeto la “maleficiencia humana” y caracteriza a la inseguridad contemporánea (Bauman, 2007).

Decimos que el mal alimenta la inseguridad que vivimos, porque la motiva, provoca el miedo, la sospecha sobre la maldad humana y la desconfianza sobre nuestros compañeros humanos. Con el miedo asumimos una actitud defensiva que nos acompaña habitualmente, hace parte de nuestras acciones, desarrolla arraigo en nuestras motivaciones y objetivos, se incorpora a nuestras rutinas diarias (Bauman, 2007). Este temor ensombrece, inhabilita, nos

restringe en la espontaneidad y la libertad, en las iniciativas y en los desafíos que asumimos como parte de la vida misma, nos convierte en seres vulnerables y expuestos (Bauman, 2009), también, con él enfrentamos la inminencia e intransferibilidad de la muerte.

La muerte a excepción de otros eventos humanos carece de pasado y de futuro. Porque estamos vaciados de ella y ajenos a saber de cualquier otra ocurrencia que la suceda, la muerte es temible y resulta incomprensible para las personas, pues siempre nos sorprende y nos toma por desprevenidos. La muerte se ubica en el terreno de lo humano desconocido, de lo absoluta y verdaderamente incognoscible.

La muerte vista como algo ajeno que nos provoca horror es un presente constante que nos acompaña en el vivir. La muerte de nuestros semejantes, de aquellos más próximos y afines nos concede un morir desde la pena, una certidumbre que se fija en el ser propio y nos acerca al otro en tanto nos separa de él. En expresión de Blanchot (1994):

Muriendo, no mueres, me concedes ese morir como acuerdo que sobrepasa toda pena, toda solicitud y donde me estremezco suavemente hasta en aquello que desgarras, perdiendo el habla contigo, muriendo contigo sin ti, dejándome morir en tu lugar, recibiendo el don mas allá de ti y de mí. En la ilusión que te hace vivir mientras yo muero. En la ilusión que te hace morir mientras mueres (pp. 154-155).

Por estar fuera de nuestro control, todos los seres humanos tenemos frente a la muerte un temor permanente que nos constituye y es inherente a nuestra condición de seres vivos, así "... del mismo modo que el hombre sabe de la existencia de la muerte sólo por el hecho de ser hombre, sólo es hombre porque es una muerte en proceso de materialización" (Blanchot, 1981 c.p. Bauman, 2007, p. 47). Esta conciencia que tenemos sobre la muerte le

confiere a ella un poder que nos legitima en la convicción de una existencia y estancia en el mundo de carácter finito.

La amenaza de la inevitabilidad de la muerte, debido a su presencia constante en toda nuestra existencia, nos impide librarnos y alejarnos de su inminencia “invisible pero vigilante”. Nos sumerge en la angustia del fin de nuestro propio mundo (Derrida, 2005 c.p. Bauman, 2007) en la pérdida irreversible, en la ausencia de ese mundo que es nuestro, una ausencia que con el advenimiento de la muerte se constituye en eterna.

Hoy en día, el discurso que elaboramos en torno a la muerte nos sobrecoge en una suerte de “angustia difusa” (Ariès, 2008). Aunque las significaciones que se han dado sobre ella a lo largo de la historia del mundo occidental han experimentado cambios; y, a pesar de que en la contemporaneidad se le asume con pudor, con una suerte de censura que otrora se concedía exclusivamente a la sexualidad, hay un aire de familiaridad y de ordinario que ha comenzado a rodearla, pues las circunstancias de su ocurrencia y la proximidad con la cual la vivimos, nos han obligado a darle.

A mediados del siglo XX se produce un redescubrimiento de la muerte que se hace desde las ciencias sociales y es liderado por la psicología (en un coloquio que organizó la Asociación Americana de Psicología en el año 1956, se presentan un conjunto de estudios interdisciplinarios sobre el significado de la muerte) (Ariès, 2008). Esta iniciativa, para nada ha resultado ajena a la controversia, puesto que los significados comunes ante la muerte que fueron estudiados, lejos de ser parte de una continuidad histórica se mantienen, en muchos casos, apegados a las manifestaciones más frecuentes que se daban en la edad media, o aquellas que son más propias de la modernidad, es decir, se aprecia en estas significaciones una mezcla de reacciones ante la muerte que reflejan prácticas diversas de

exaltación, dramatismo y ritualización, las que se viven como un derecho de manifestar el dolor.

Tal vez haya sido la evolución del sentimiento familiar con respecto a la muerte: desde resignación familiar frente al destino colectivo de lo inevitable a la manifestación de sentimientos espontáneos de la queja y la lamentación; desde el culto y ritual funerario a la muerte “vergonzosa y callada”, la que ha impuesto nuevos modos de relación frente a lo regular cotidiano que viene a ser la muerte en la contemporaneidad. No por ello puede ser calificado de efímero que la muerte de nuestros más próximos, de aquellos que representan el continente de nuestros afectos y cuyas vidas se entrecruzan con la nuestra, nos acerca de manera definitiva e insoslayable a la muerte y a nuestra propia muerte, la de cada uno.

En nuestro papel de observadores y de sujetos susceptibles del sufrimiento, a diario en nuestras vidas realizamos un ensayo de la muerte, ella, en razón de la inseguridad y la violencia que experimentamos se encuentra tan próxima a lo que hacemos que ha comenzado a ser familiar y corriente: pensarla, toparnos con ella en cualquier esquina. Tal vez también por esta razón vivimos con más miedo, nos replegamos en nuestros espacios más íntimos y privados y, literalmente, huimos del espacio público, con esto cedemos terreno, perdemos poder, el miedo y la muerte nos incapacitan, nos están ganando la batalla.

En Venezuela, la familia como institución de la sociedad es vulnerable a estos hechos, se encuentra afectada por heridas como consecuencia de las muertes que causa la violencia. Son heridas sociales que producen dolor social (Mora, 2008). Si partimos de esta metáfora tomada del área de la salud, podemos decir que la familia, un órgano de ese gran

cuerpo que es la sociedad, está siendo dañado de manera alarmante y creciente como producto de la(s) violencias(s) que se gestan en los diferentes grupos.

Como el resto de países de América Latina, Venezuela, por los procesos económicos de limitado crecimiento y baja demanda de empleos formales, sucedidos a partir de la década de los 80, ha experimentado en consecuencia el incremento de la desigualdad social, y de la polarización social a raíz de las tendencias que ha presentado la distribución del ingreso (España, Riutort, Ugalde, Orlando, Dtrolio, Freitez y cols., 2001; Jelín, 1998; Ugalde, España, Lacruz, De Viana, González, Luengo y Ponce, 2004). La ausencia de políticas dirigidas a suprimir las bases estructurales de la desigualdad, la exclusión y la pobreza extrema y, la emergencia de su competidor directo “las formas de organización asistencialista” (Jelín, 1998, p. 104) que promueven e incrementan nuevos tipos de dependencia y sometimiento, impiden una intervención más equitativa que contribuya a solventar los problemas que aquejan a grandes sectores de la población y desmoviliza la acción colectiva en procura de la transformación.

Así, a una dinámica económica que empobrece, se suma la falta de institucionalidad que coloque contención a esta avanzada. Otras razones se sitúan en el orden de lo sociodemográfico, las cuales se traducen tanto en las características que presentan las estructuras de las familias, como, en la edad de sus miembros; además de las “condiciones socioculturales”, donde la propia sociedad que nos sirve de protectora, “permite u obstaculiza lo que pueden ser las aspiraciones y deseos de superación personal, restringiéndolas severamente” (Ugalde, y cols., 2004, p. 50).

Ligado a estas bases de carácter estructural se encuentra el acrecentamiento progresivo de la violencia, una violencia que tiene como rasgo particular que las víctimas



son hombres jóvenes pertenecientes al sector más pobre de la población (Briceño-León, 2009; 2010).

Una explicación a la violencia y su desarrollo creciente la podemos situar en los diferentes factores ubicados en los niveles sociales (Briceño-León, 2009; 2010; Briceño-León y Ávila, 2007). De este modo encontramos: en la *macro estructura social* (condiciones socioculturales que la originan: desigualdad, desempleo, nivel de aspiraciones y satisfacción posible, modificaciones en la dinámica y estructura familiar, pérdida de control social de la religión católica); en la *mezo estructura social* (“condiciones materiales de la vida urbana” y manifestaciones de la subcultura que fomentan la violencia: polarización social como consecuencia de la segregación de las ciudades, negocio de la droga ligado a la impunidad. “la cultura de la masculinidad”); y, en la *micro estructura social* (circunstancias individuales que facilitan la violencia: acceso y posesión de armas de fuego, incremento en la ingesta de alcohol, limitaciones para oralizar sentimientos).

Pero, ¿cuáles son las consecuencias para el tejido social de este enfrentamiento humano que representa la violencia? Por una parte, algunas de las repercusiones las podemos ubicar en las comunidades que son afectadas por la violencia (Trigo, 2005), en sus relaciones se produce una fisura profunda, un resquebrajamiento de los apoyos solidarios que sostienen en muchos casos la supervivencia, un distanciamiento socio-espacial insalvable que niega el intercambio y coloca el freno a la espontaneidad. El miedo se configura en estos grupos humanos y adquiere poder sobre la vida libre y creativa.

Por otra parte, hemos sido y continuamos siendo testigos constantes de las heridas que nos han lesionado como país. Cada nueva muerte que sucede profundiza el daño y el dolor social. A esto se suma que los hechos son encubiertos por eventos cada vez más violentos o por distractores políticos. Frente a esto, aunque a diario nos enfrentamos en una

carrera individual para hacer frente a la inseguridad, también hemos comenzado a olvidarnos del origen de nuestros temores, desconocemos a cada víctima que produce la violencia, nos quedamos en las estadísticas. Y, tal vez como un recurso de protección, mantenemos imperturbable la sensibilidad social ante el padecimiento que producen las secuelas de la violencia.

### **(OTRO) PUNTO DE INICIO...**

En lo precedente podemos ver que la base de desarrollo de las fracturas y heridas sociales es de carácter plural y provoca consecuencias que pueden resultar dramáticas para el colectivo: el saldo de la violencia constituye un riesgo crítico para la familia, concretamente para la familia popular, quien día a día experimenta la amenaza y la pérdida de sus miembros; padece el detrimento de su calidad de vida, la transformación en su estructura y en su dinámica; se proyecta sobre la sociedad, fragmentada, destruida y sin medios para reconstruirse, para reponerse de sus ausencias. En las víctimas secundarias que las familias representan hay una necesidad y un clamor por justicia para atenuar el dolor, para visibilizar su condición de sobrevivientes, para ser reconocidos en su padecimiento; su llamado es un alerta social frente a la impunidad, a la fragilidad que experimentan como ciudadanos (Mora, 2008).

Lamentablemente, el duelo que necesitamos vivir como sociedad y que experimentan los familiares de las víctimas lo alienta la impunidad y la injusticia. Es un duelo amenazado en sus fases tempranas por nuevos duelos que se van sumando (Martin-Beristain, 2010). Así, el duelo social no alcanza la resolución natural del duelo individual,

los saldos fatídicos de cada fin de semana empiezan a formar parte de la construcción discursiva y son admitidos como un hecho normal.

Las familias están solas en la búsqueda de respuestas sobre la verdad, la justicia y la reparación, mucho más en el amparo y defensa de sus vidas. La familia de las víctimas, como el ámbito más íntimo del dolor, requiere resignificar su experiencia de dolor, otorgar sentido a la continuidad de la vida, ser partícipe de procesos de paz y reconciliación, comenzando por su interior. Como sociedad civil, nosotros tenemos el deber inaplazable de incorporarnos activamente en la tarea de visibilizar y legitimar el reclamo de los dolientes, reconocer públicamente su realidad, establecer responsabilidades y dignificar a las víctimas.

La conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando se vinculan a acontecimientos y eventos traumáticos, cuando se trata de profundos daños sociales y de situaciones de sufrimiento colectivo (Martin-Beristain, 2008; 2010). Como sociedad, requerimos llevar a cabo acciones conjuntas para enfrentar el duelo, para que la tristeza, el llanto, la desesperanza, la impotencia, la rabia y la culpa compartidas sean una sola y ayuden en los procesos de reparación integral de la herida. Es posible anticipar que en Venezuela, las acciones más exitosas serán aquellas que convoquen a las diferentes instancias y ámbitos de responsabilidad del Estado y de la sociedad, en el acuerdo colectivo por el logro de objetivos comunes contra la injusticia, la impunidad, la inseguridad y a la violencia.

Sin duda, reconocernos en nuestra tradición socio-histórica y juzgar desde allí el valor que hoy asignamos a la relación biunívoca vida-muerte, probablemente nos ayude a situarnos y distinguirnos en una evolución marcada por contrastes; nos deje interpretar la

dinámica y los procesos que hoy nos definen con respecto a la violencia y sus impactos sobre la familia; nos permita comprender lo que nos pasa.

Aseguremos que desde la psicología resulta posible ofrecer a la familia, en estos momentos, un apoyo real que contribuya a que ella luche por lograr la reparación integral del daño que sufre... Que no se conviertan éstas... en palabras “tan cansadas que ya no se pueden ni leer”, Y que tampoco sea el nuestro, un esfuerzo efímero representado en “... una mano dándose” (Neves, 2002), sin otra mano que nos espera para cruzarse y, por qué no, ¿libertarse?

### REFERENCIAS

Ariès, P. (2008). *Morir en occidente desde la edad media hasta nuestros días*.

Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Bauman, Z. (2007). *Miedo Líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*.

Barcelona, España: Paidós.

Bauman, Z. (2009). *Vida líquida*. Buenos Aires: Paidós.

Blanchot, M. (1994). *El paso (no) más allá*. Barcelona, España: Paidós. Recuperado de:

<http://www.jacquesderrida.com.ar/restos/paso-no-mas%20alla.pdf>

Briceño-León, R. (2009). Venezuela en un mundo de violencia globalizada. En R. Briceño-

León, R.; O., Ávila y A. Camardiel. (Coords.), *Inseguridad y violencia en*

*Venezuela –Informe 2008-* (pp.15-43). Caracas: Alfa.

Briceño-León, R (2010). Las explicaciones de la violencia en América Latina: ¿Pobreza o institucionalidad? En C. Barreira (Org.). *Violência e conflitos sociais: Trajetórias de Pesquisa* (pp. 29-49). Campinas, SP: Pontes.

Briceño-León, R. y Ávila, O. (2007). *Violencia en Venezuela. Informe del observatorio venezolano de violencia 2007*. Caracas: Alfa.

España, L., Riutort, M., Ugalde, L., Orlando, M., Dtrolio, S., Freitez, A., Di Brienza, M., Zúñiga, G., Villasmil, J., SantaColoma, J., Regnault, B., Herrera M. y Gruson, A. (2001). *Superar la pobreza en Venezuela: el camino por recorrer*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. /Asociación Civil para la Promoción de Estudios Sociales

Jelin, E. (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Levinas, E. (2008). *Dios, la muerte y el tiempo*. Madrid: Cátedra.

Martin-Beristain, C. (2008). *Diálogos sobre la reparación. Experiencias en el sistema interamericano*. San José: IIDH.

Martin-Beristain, C. (2010). *Manual sobre perspectiva psicosocial en la investigación de derechos humanos*. Bilbao: Universidad del País Vasco / Hegoa / CEJIL.

Mora, L. (2008). “Me mataron a mis muchachos”: violencia y familias populares.

*Akadosmos*, 10 (1), 161-178.

Neves, L. (2002). *Amigo es para eso*. Caracas: Isabel De los Ríos.

Ricoeur, P. (2007). *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*. Buenos Aires:

Amorrortu.

Trigo, P. (2005). *La cultura del barrio*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello /

Fundación Centro Gumilla.

Ugalde, L., España, P., Lacruz, T., De Viana, M., González, L., Luengo, N. y Ponce, M.

(2004). *Detrás de la pobreza. Percepciones, creencias, apreciaciones*. Caracas:

Asociación Civil para la Promoción de Estudios Sociales / Universidad Católica

Andrés Bello.